

tal manera dos pollos mojados, que cuando el hombre de las patillas rubias, incorporándose, hizo un ruidoso quiquiriquí, se desencadenó una nueva tempestad de alegría.

Los viejos se apearon en Motteville, con su canasto, sus patos y su paraguas, y alejándose, la mujer dijo al hombre:

«—Son prostitutas que van á ese condenado París...»

El chancero comisionista se apeó en Rouen, después de haberse mostrado tan grosero que el *ama* se vió en el caso de recordarle secamente que se proponaba mucho, añadiendo esta moraleja:

«— Así aprenderemos á no hablar con el primero que se acerque.»

En Oissel cambiaron de tren, y en la estación siguiente, José Rivet las aguardaba con un carro lleno de sillas y tirado por un caballo blanco.

III

El carpintero besó finamente á todas las mujeres, ayudándolas á subir al carro. Tres se sentaron en las sillas de atrás; Rafaela, el *ama* y su hermano, en las de delante, y Rosa, no teniendo silla, se colocó lo mejor que pudo sobre la robusta Fernanda; el carro se puso en marcha. Pero en seguida, el trote del caballejo lo sacudió de tal modo, que las sillas comenzaron á bailar, y las viajeras á dar saltos á derecha y á izquierda, con agitaciones de muñeco sacudido, haciendo gestos, dando gritos de susto, interrumpido por otro salto más violento. Se agarraban á uno y otro lado, los sombreros les caían sobre la nariz, sobre la espalda, sobre un hombro; y el caballo blanco avanzaba sin cesar,

sar, alargando la cabeza, y con la cola derecha, una cola de rata, sin pelo, con la cual se sacudía las ancas de cuando en cuando. José Rivet, con un pie puesto sobre una de las varas y el otro corrido hacia detrás, los codos muy levantados, sosteniendo las riendas, repetía á cada punto una especie de claqueo que, haciendo enderezar las orejas al caballo, le obligaba á acelerar el paso.

A una y otra parte del camino se ofrecía el campo verde. Entre los centenos, ya bastante crecidos, aparecían florecitas azules que las mujeres deseaban coger; pero Rivet se negó á parar el carro. A veces un campo entero parecía regado con sangre, invadido por encendidas amapolas. Y en medio de estas llanuras coloreadas por las flores silvestres, el carro, que parecía llevar también un ramo de flores de matices vivos, pasaba al trote del caballo blanco,

blanco, perdíase tras los árboles de una ribera, reaparecía de nuevo á través de las mieses, amarillas ó verdes, salpicadas de rojo y azul, corriendo siempre bajo los rayos del sol.

A la una llegaban frente á la casa del carpintero, pálidas, rendidas por el cansancio y por el hambre, pues no habían comido nada desde que salieron de su casa. La mujer de Rivet corrió, ayudándolas á bajar una tras otra, besándolas en cuanto ponían los pies en el suelo; no se cansaba de acariciar á su cuñada, á la que se proponía engatusar. Comieron en la carpintería, dispuesta ya para la solemne fiesta del día siguiente.

Una buena tortilla, á la que siguió una moreilla asada, rociado todo con abundante sidra fuerte, bastaron para reflejar la alegría en todos los semblantes. Rivet cogió un vaso para brindar y su esposa iba
y

y venía de la cocina mudando los platos y diciendo á cada cual:—«¿Se ha servido usted bastante » Los tablones arrimados á la pared y las virutas amontonadas en un rincón despedían un perfume de madera serrada, olor de carpintería, un vaho resinoso que penetra hasta el fondo de los pulmones.

Pidieron á la niña: pero había ido á la doctrina y no volvería hasta la noche.

Salieron para dar una vuelta por el pueblo; estaba formado por una ancha calle, en cuyo extremo aparecía la iglesia, y junto á la iglesia el cementerio; cuatro tilos corpulentos daban sombra á todo el edificio, hecho con sillares labrados, sin estilo alguno, que remataba en un pequeño campanario.

Rivet, ceremonioso, aunque llevaba su traje de obrero, daba el brazo á su hermana con cierta solemnidad. Su mujer, admirando

rando el traje con rayas doradas, de Rafaela, se había colocado entre ésta y Fernanda. Rosa trotaba detrás con Luisa y Flora que cojeaba mucho, fatigada.

Las vecinas salían á las puertas, los niños interrumpían sus juegos, levantábase una cortina dejando entrever una cabeza cubierta con una cofia de percal; una vieja con muletas y casi ciega se persignó como si pasara la procesión; y todos seguían largo tiempo con la mirada, el paso de aquellas hermosas damas de la ciudad, que habían ido de tan lejos para asistir á la primera comunión de la niña Rivet.

Pasando frente á la iglesia, oyeron las voces de los niños: un cántico lanzado al cielo con entonaciones atipladas; pero el *ama* no consintió que entrasen, para no turbar á los querubines.

Después de un paseo por el campo y la enumeración de las principales propiedades,

des, José Rivet volvió con su gente para instalarlas en su casa. Como había pocas habitaciones, colocaba á sus huéspedes de dos en dos.

Rivet, por aquella noche, dormiría en el taller sobre las virutas: su esposa partiría su lecho con la cuñada, y en el cuarto del lado Fernanda y Rafaela dormirían juntas. Luisa y Flora se colocarían en la cocina sobre un colchón en el suelo; y Rosa ocuparía un cuartito obscuro encima de la escalera, pared por medio de un camaranchón estrecho donde dormiría por aquella noche la niña.

Cuando ésta entró en casa se vió envuelta por una nube de besos; todas las mujeres la querían acariciar, con esa necesidad de expansiones tiernas y la costumbre profesional de zalamerías que en el tren las había inclinado á todas á besar los patos. A su vez, cada una la sentaba sobre

sus

sus rodillas, jugueteando con sus finos cabellos rubios, y la oprimía entre sus brazos con efusión de afecto vehemente y espontáneo. La niña, muy amable, se dejaba sobar, paciente y recogida.

Como todas estaban cansadas, enseguida de comer fueron á acostarse. El silencio ilimitado de los campos, que parecía casi religioso envolvía todo el pueblo; un silencio tranquilo, del que participaban la tierra y el cielo. Las mozas, acostumbradas á las tertulias tumultuosas de la casa pública, sentíanse muy emocionadas por el mudo reposo del campo dormido.

Tan pronto como se hallaron en sus lechos, de dos en dos, se unieron estrechamente al sentir estremecimientos, no de frío, sino de soledad, producidos por el corazón inquieto y turbado, defendiéndose así contra el tranquilo y profundo silencio de la tierra que todo lo invadía. Pe-

ro

LA CASA DE PLACER

ro Rosa, en su cuartito obscuro y poco acostumbrada á dormir tranquila y sola, sentíase presa de una emoción vaga y penosa.

Revolviéndose y no logrando conciliar el sueño, oyó, á través del tabique, sollozos apagados, como de un niño que llorase. Asustada, llamó, y una vocecita entrecortada contestóla; era la niña, que acostumbrada á dormir en la alcoba de su madre, tenía miedo en el camaranchón estrecho.

Rosa, conmovida, se levantó, y con mucho tiento, para no despertar á nadie, fué á coger á la niña y la llevó á su cama, bien caliente; la oprimió contra su pecho, besándola; la acarició, envolviéndola con las manifestaciones exageradas de su ternura; al fin, calmándose, después de dormir á la niña, se durmió también. Así, hasta la mañana, la frente pura de Constanza descansó

GUY DE MAUPASSANT

descansó en el pecho desnudo de la prostituta.

IV

Desde las cinco, al toque de oración, echada al vuelo la campana de la iglesia, despertó á las mozas, acostumbradas á dormir por la mañana, único reposo de sus nocturnas fatigas. La gente del pueblo estaba ya de pie; las mujeres iban muy atareadas de puerta en puerta, charlando vivamente, llevando con cuidado vestidos de muselina muy almidonados, tiesos como el cartón, ó grandes cirios con un lazo de seda y oro en el centro. El sol lucía ya en un cielo azul, menos por la parte del horizonte donde conservaba un tinte rosado, como una huella ténue de la aurora.

Las